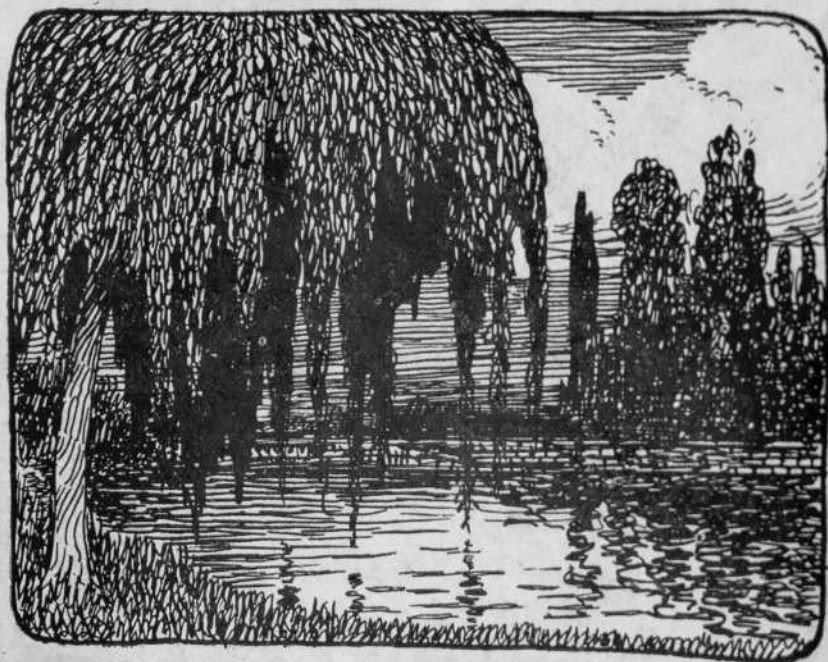


BESOS DE QUIMERA



LISANDRO ALONSO
LAMAZARES

LEON 1913

TIP. DE LA DEMOCRACIA

4
J+
COM

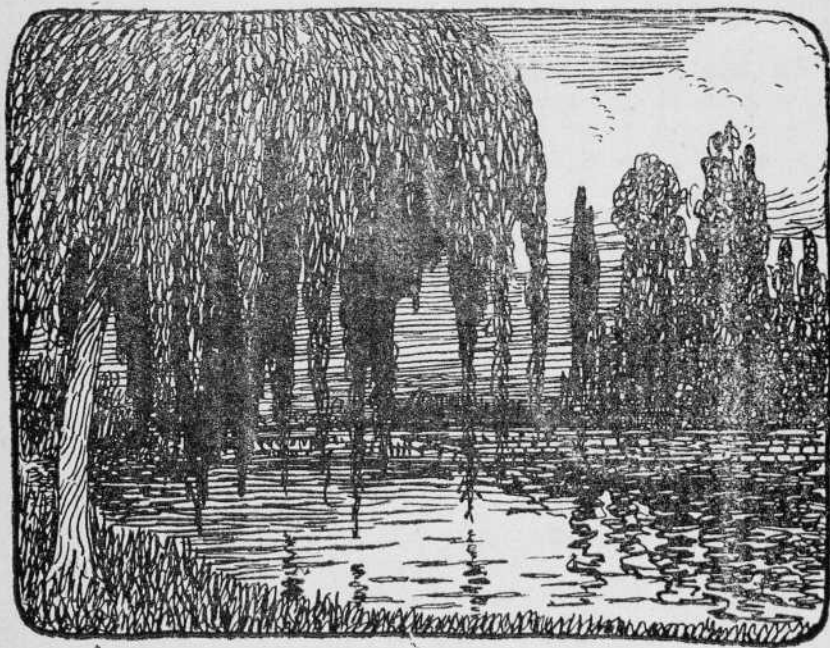
10
/

BESOS DE QUIMERA

+ 1132881
C.

Lisandro A. Llamazares

BESOS DE QUIMERA



LEÓN.--1913

TIP. DE "LA DEMOCRACIA"

BESOS DE QUIMERA

PARA SI VALE COMO PRÓLOGO

Sobre este particular de las *Quimeras*, verdaderamente, no sé lo que ocurra en otros lugares. Mas lo que sí os aseguro, á fe de mozo ingenuo y provinciano, es que por estas nobles tierras de León, aún tienen existencia. Que besen ó no besen á los hombres, no puedo asegurarlo, porque por mi desgracia á mí no me han besado. ¿Pero que las hay?...

Yo mismo, que vivo y sano estoy para poderlo atestiguar donde se necesite, las he visto mil veces con estos propios ojos que ha de comer la tierra. Las ví una tarde lluviosa, en una calle angosta de mi ciudad amada, sobre el alero de un viejo caserón, adonde, al decir de las gentes, aun volvía todas las noches el alma en pena de un rancio hidalgo montañés, que murió contumaz excomulgado por el Obispo. Las ví una clara mañana de verano, asomadas con curiosidad á una vidriera del trescientos de las que tiene nuestra Catedral. Las ví, otra vez, en una ermita medio derruída, donde paraban los vagabundos; donde los gitanos hacían lumbre, con la madera de sus puertas; donde una fría mañana invernal, apareció el cadáver de una linda muchacha cosida á puñaladas.

¿Qué cómo son las *Quimeras*? ¡Ah! Eso ya es otra cosa. Si me tomaran juramento, á ciencia cierta no pudiera decirlo. Los cuentos y sucedidos tantas veces escuchados de labios campesinos; las literaturas febriles y estafalarias; los restos mitológicos que aún me quedan en la memoria; hasta aquel nunca bien ponderado verso de Lucrecio que me recuerda Roque Barcia: «*Prima leo, postrema draco, media ipsa chimera*», todo ello mezclado con las gárgolas de la Catedral; las casetas de feria que vienen por los Santos; el gabinete zoológico del Instituto, y los restos de la cultura griega que me proporcionó por poco precio un fraile exclaustrado, han sufrido con el tiempo tal revolución en mi cabeza, que me vería seriamente apurado, si es que intentara de buenas á primeras describiros al por menor una de estas *Quimeras* de las que aquí yo quiero hablaros.

Sólo sí os diré, que la vez que la ví con menos claridad, fué cuando más palpables aprecí sus efectos. Ello fué una noche callada de primavera azul, cuando las solitarias acacias de las plazuelas provincianas se

habían adornado con muchas flores blancas; cuando de las montañas cercanas venía un viento blando que amorosamente nos acariciaba; cuando el cielo parecía más alto, y la tierra más ancha, y la vida más bella. La ciudad entonces estaba muy dormida bajo el amparo luminoso de la luna que la velaba. De vez en vez, pasaba por las calles un perro negro y flaco que husmeaba en las barreduras. Luego un sereno conocido nos dijo con voz bronca—¡Buenas noches nos dé Dios!.. Después, del interior de una casa cerrada, llegó á nuestros oídos la hora, muy pausada, que daba con mucho esfuerzo un viejo reloj familiar.

Lisandro Alonso y yo correteábamos por las callejas de la ciudad querida, sorprendiendo una luz, una sombra, el eco de una risa perlada. A veces ocurría que nos paseábamos pensativos. Uno decía: Este fué el Castillo de los Lunas; aquél, el Palacio de los Guzmanes; ése, el solar de los Quiñones... Al llegar á San Isidoro, nos dijimos temblando: Aquí yacen los reyes de León... ¡Cuántos cortejos reales presenciarían estas piedras!.. ¡Cuántas bellas leyendas nos contarían estos hierros!... ¡Qué cosas tan delicadamente íntimas, nos pudiera decir esta ventana regia, á la que D.^a Sancha se sentaba á rezar, cuando el rey, su señor, bajaba á Morería!... Y así envueltos en luna, en leyenda y en historia, llegamos hasta la misma Catedral.

Cuando llegamos á la Pulchra, aunque ya muchas veces la contempláramos á tales horas, nos quedamos sobrecogidos. Era aquello una tremenda orgía de luz, de sombras, de líneas, de masas, de calados, que alucinaban. Con bella mansedumbre, la clara luz de la luna rompía complaciente sobre el amplio himafrente, donde se destacaba con orgullo el gigantesco rosetón. Las torres, altas, ceñudas, de color más oscuro, parecían fieros guardianes de aquel preciado trozo de delicado encaje. Manaba el agua lenta y sonora de un viejo caño que por entonces allí había. El agrio grito de un milano asustado rasgó, allá en las alturas, aquella paz augusta que sobre todo flotaba.

En aquel momento, el Poeta y yo temblábamos como poseídos. Con mayor, con más honda devoción que aquella devoción macerada, que traían de lejanos países los peregrinos de Santiago, que se hospedaban en nuestro San Marcos, nosotros extasiados bordeamos la Catedral, para gozarnos con humildad de tanta gracia y de tanta hermosura. Por el flanco alargado, los botareles, los arbotantes, los pináculos y las balastradas, semejaban un bosque fantástico de una vejetación lujuriente. Las encantadas vidrieras parecía que se estrechaban, que se alargaban, como al impulso de una fuerza extraña. Rimaba el vidrio, la piedra y la luna, la divina canción del genio. Las torres se pulían, se afinaban, se hundían en el cielo. Todo se enaltecía, se espiritualizaba. Sonaron lentas unas sonoras campanadas... El silencio, temblante, se cubrió con un manto real...

Yo sentí en aquel punto como si un vaho muy suave, muy tibio, muy bueno, me rozara la frente y la cara y el cuerpo, poniendo en mi carne

un extraño temblor. Pebeferos gigantescos parecíanme entonces las acacias florecidas. Músicas milagrosas antojóseme el bordoneo de mis oídos. Miel recién catada, la saliva de mi boca... La mano nerviosa del Poeta apretaba mi brazo—*¡La Quimera!* me dijo. ¿La ves?... Yo no le respondí, porque nada veía, pero entonces sentí un muy extraño bienestar; me parecía como si el alma entera me hubiese abandonado, y escapándose de mi mismo, se hubiera abrazado toda ella á la Santa Catedral, y allí se hubiera aquietado y tranquilizado, y luego hubiera vuelto á mi sumisa y obediente como arrepentida de su loco devaneo... Ahora Lisandro me hablaba, no sabía de qué... Poco á poco sus palabras se engarzaron en oro... Brotó entonces, gallardo, el bello soneto que transcribo:

*Como al conjuro de un cincel divino
en manos de orfebreros celestiales,
surgistes en los siglos medioevales
con la firmeza de un alejandrino...*

*Verso de piedra alzado en el camino,
que muestra del ensueño los umbrales;
gama sutil de luces siderales,
que guardan un secreto sibilino...*

*En el solar más viejo de la Historia
eres como un pregón, reto de gloria
entre el fragor de sin igual contienda;
y al quedar entre el cielo suspendida,
pareces una flor que está dormida
sobre el lírico airón de la Leyenda.*

.....

Aquella misma noche, el Poeta, este Poeta magníficamente lírico, me recitó gran parte de los versos espléndidos que van en este libro. La polifónica «Canción de gloria», la descriptiva «Muerte del día»; los versos oración, que él titula «Sin Ruido», que son algo tan puro, tan fino y dolorido, que no recuerdo de nada que tanto me conmoviera. Juntos sentimos ruido de armaduras, canciones de gesta, salmodiar de brujas. Fuímos frailes, capitanes y amadores. Lloramos, reímos é imprecamos. Un verso traía otro verso, y todos ellos estaban dichos á la llana, naturalmente, sin alardes artificiosos que no van á la raza, despreciando él mismo muchas veces el mérito extraordinario de su obra, de esta obra suya tan pulida y delicada, como las obras perfectas de nuestros abuelos los plateros, aquellos altos y renombrados artistas, que construyen la custodia de Sahagún y la misma de Cádiz, para pasmo y admiración de futuras generaciones.

Ya se abría el amanecer, fresco y lozano como un capullo, gigantesco, cuando Lisandro y yo decidimos salirnos hacia un alto inmediato desde donde pudiéramos contemplar todo aquel gozo del naciente día. Las campanitas de los conventos, comenzaban á plañirse de tanto mal como aún queda en el mundo. Pasó una viejecilla encorvada, ranqueando y diciendo— ¡Válgame Jesús! ¡Válgame Jesús! Pasaron los serenos en grupos, que iban de retirada. Comenzaban á llegar campesinos, que venían con vacas, con gallinas, con leche, y se detenían medrosos en la casilla de consumos. Fanfarrones los gallos, cantaban altaneros desde las bardas de los corrales... Era ya día claro cuando salimos de la ciudad. Hacia nosotros venía la mañana, blanca y riente como una casta doncella enamorada. Toda la noche huída me parecía un sueño. La soledad del campo invitaba á la confidencia. Subimos una cuesta en silencio— ¡Oye, Lisandro! le dije yo de pronto, ¿Crees tú en serio eso de las *Quimeras*?— ¡Hombre! yo... Te diré...— me dijo sonriendo, mirando á la ciudad que allá abajo en el valle, se apretaba á la Catedral.

Pero en los verdes trigales se reclamaban las perdices; el río manso, tranquilo, se tendía voluptuoso sobre el llano mullido; los erguidos y finos chopos se envolvían orgullosamente en tan bellos girones de niebla; pisamos tan en firme sobre la dura costra de la tierra que...

Mas si contara esto, me alargaría demasiado.

León Martín-Granizo.

León, 1 de junio de 1913.



Para todos los lunáticos de amor
que rompen lanzas por unos ojos
en el palenque del Ensueño.....

Envío

Yo te envío con las flores de mi alma
los capullos tempraneros de mi huerto:
son las flores de la vida que acompañan
á las otras ignoradas del jardín de mis ensueños...

De la tierra tengo pocas que mandarte;
soy más rico en las ignotas del vergel del pensamiento,
que en aromas aventajan á las plantas
que se besan con la luna desde el fondo de mis tiestos...

Musa mía,
cuando lleguen á tus manos,
musitando mis secretos,
oye atenta, que esas flores han sentido
las cadencias musicales de mis versos...

Te cantarán amor las madre selvas,
los pensamientos blancos te explicarán mis celos,
y los claveles de las bocas rojas
te enseñarán lo mucho que de tu amor espero...

Sus perfumes de encanto se alzarán en tu estancia
añorando en sus calmas algo lírico y yerto,
y tu frente de rosa sentirá las caricias
de las gráciles alas con que vuelan los sueños...

Canción de gloria

Por ser tu regazo mi nido de amores
y bajo tu cielo ver la luz primera,
te ofrendo este ramo de líricas flores
que aún guardan aromas de tu primavera...

Son rosas bermejas de un tono candente;
nacieron de sangre y están encantadas,
y, si no son dignas de ceñir tu frente,
con que tú las pises se verán honradas...

Una armadura sin ajustajes
en cuyo centro duerme una flor,
lirio de ensueño digno de encajes,
lírico premio de un rimador...

Así es el alma de mi Castilla:
pobre y sombría muestra su tienda,
y en sus hogares sin cesar brilla
la luz divina de la Leyenda.

Ante el conjuro de sus ardores
grabó la Historia letras doradas,
y en sus conquistas ó en sus amores
se ven los ceños de sus espadas...

Una armadura sin ajustajes
en cuyo centro duerme una flor,
lirio de ensueño digno de encajes
lírico premio de un rimador...

Brotan versos de Berceo de la calma mañanera,
como flores que á tu paso se agrupaban en tapiz;

y, al posarse los silencios en las tierras barbecheras,
dice el viento entre las cepas las canciones de Juan Ruiz.

He aprendido las consejas de tu noble mocería
al arrullo de las horas que tejieron tu rondel:
¡cuántas veces caminaron con mi loca fantasía
los cruzados que siguieron el fulgor de tu joyel!...

Las románticas empresas de tus reyes triunfadores,
en sus pasos de conquista ó en sus líricos amores,
son la gama de una trova que acordó la Tradición:

en sus ritmos se perciben huracanes de estocadas,
madrigales ofrendados á princesas encantadas,
defendidas en tus bosques por la furia de un Dragón...

La tierra mía,
severa y fría...

Con sus consejas y sus guerreros,
con los juglares y las mesnadas,
con la belleza de sus tapadas
y las canciones de sus troveros...

El acobijo de las bravuras,
siempre señora de las cruzadas,
la de los rieptos y las lanzadas,
con sus aromas de galanuras.

La tierra mía,
severa y fría...

Con su cimera de robledales,
la que entre el polvo de sus barbechos
guarda la huella de aquellos fechos
que entre el recuerdo duermen triunfales...

De luengas tierras hasta tu corte
hicieron senda con su tizona
tus nobles hijos, vieja matrona;
gentes norteñas de fiero porte.

Juglares locos, legión divina,
abrieron liza de triunfadores,
y aún entre el ruido de tus tambores
vuelvan los versos de aquel Cetina.

El guantelete del romancero
cubre tu mano de tenue raso,
y entre las citas de un viejo Fuero
hay florilegios de Garcilaso...

Hizo Cervantes donoso enredo
de aquellos siglos de tus andanzas;
y entre las risas del gran Quevedo
brotan sentencias de Sancho Panza.

Y allá, en la senda de la quimera,
constantemente se escucha el trote
de Rocinante que manso espera
los espolazos de otro Quijote...

Tierra de ensueño,
tierra bravía,
tierra gloriosa severa y fría...

Junto á la gloria de tus guerreros
ví los laureles de tus poetas...
Vieja Matrona de gestos fieros...
¿Cantas ó retas...?

※ ※ ※

Mi lema

Caminando con pasos triunfadores
y, pródigo, donando mi alegría,
voy dejando pasar la vida mía,
igual á un río que acaricia flores...

Yo soy un triste que, cantando amores,
cubre con muecas su melancolía,
careta luminosa de armonía
con que oculto, piadoso, mis dolores...

Ritmador de cariños y locuras,
voy cruzando mis sendas de aventuras
cantando siempre para las amadas;

y así cumplo el mandato de mi sino,
dejando entre las zarzas del camino
mis versos como rosas deshojadas...



La muerte del día

Lanzó un grillo en la fronda su canto vespertino,
y un pájaro remeda su tono en el camino;
croó luego una rana en la charca silente,
y resbaló una piedra al borde de una fuente...

Laboraba la tierra su túnica de amores,
con destellos de nácar y pistilos de flores,
y en la canción fecunda que su sueño mecía
la madre creadora también se adormecía...

Hervores y zumbidos se fueron apagando,
y la luz de la tarde seguía caminando,
hasta que halló la noche de túnica estrellada
y se fundió en un beso que la dejó argentada...

Cayó desde la altura el canto de un mochuelo,
y un rayo de la luna llegó callado al suelo,
besó á una mariposa que en una flor dormía,
y se perdió en lo espeso de la floresta humbría...

Los ruidos de la vida se fueron acallando,
las áuras de los montes bajaban salmodiando,
y al envolver las sombras la tierra entre sus velos
abrieron sus capullos las flores de los cielos...

En la forja de mi alma

No me verás cambiar, aunque otro giro
dé la desgracia á mi querer sincero;
luchando por mi amor, el triunfo espero,
y sólo soy feliz cuando te miro...

Tú me verás sufrir sin un suspiro,
aunque al mirarte sienta que me muero;
tú siempre ignorarás lo que te quiero,
que sólo á contemplarte, amante, aspiro...

Sacrificando así ventura y gloria,
habré rendido un culto á tu memoria
rindiendo á tu belleza mi tributo.

El día llegará, y en su bonanza
fundirá su Perseo mi esperanza,
y morirá después el Benvenuto...

✻ ✻ ✻

Canción de fe

Como un ciego en la vida voy buscando mi puerto,
sólo atento á los ruidos que producen las cosas;
los recuerdos me siguen con fragancias de rosas,
las hermanas de encanto que acompañan lo muerto.

En un mundo incoloro á la luz me despierto,
sin gozar los matices de las horas gloriosas,
esperando el conjuro de unas manos hermosas,
lirios áureos nacidos en mi vivir incierto...

Por un cariño tejo mi guirnalda florida,
y ante su altar ofrendo la esencia de mi vida,
aunque quede en la lucha maltrecho el corazón.

Que en mi cruzada loca se apoyan mis empeños,
y tienen su acobijo mis líricos ensueños
en la virtud divina de mi resignación.



Emigrantes

Por una senda de ilusión dorada,
con la fiebre en los ojos soñadores,
caminan los modernos luchadores
en busca de la Atlántida encantada...

Famélica visión desherrapada,
que arrastra con orgullo sus dolores,
y que camina sin mostrar temores,
por una firme voluntad guiada...

.....
.....

Allá en Castilla, en el solar de ensueños,
al mirar los aperos sin sus dueños,
y en la tristeza de las tierras solas,

la brisa en los trigales suena á encanto,
y, como gotas de sangriento llanto,
se va cubriendo el campo de amapolas...

❦ ❦

Después...

La besé en los ojos
en la noche trágica,
y aún guardan mis labios
amargor de lágrimas...

La canción de amores,
mi canción lejana,
la que suena triste
dentro de mi alma,
tiene entre sus ritmos
la pobre fragancia
de un lirio de ensueño
que se desmayara
sobre el duro seno
de una estatua pálida...
¡Madrigal galante,
tonada olvidada,
la flor del recuerdo
mi pena engalana...!

La besé en los ojos
en la noche trágica,
y aún guardan mis labios
amargor de lágrimas.

¡No te creo...!

No pienses que me cause desaliento
ver fruncir con desdén tu linda boca,
si sé que en verme cifras tu contento
y te ciega la luz de mi alma loca.

Si intentas demostrar tu valimiento
buscando en la dureza de la roca
careta en que ocultar tu sentimiento,
le diré á tu rencor que se equivoca...

Pues siempre que contemplo tu figura,
rindiendo culto humilde á tu hermosura,
me desmienten tus fútiles enojos.

Y, mientras vejan á mi amor tus labios,
mostrando rencorosos, sus agravios,
que eres mía me dices con los ojos...



Iba solo...

Iba solo...

Iba solo por el mundo, y era fama
que decía mil bellezas,
que enseñaba las verdades ignoradas,
que ofrecía unos amores celestiales,
que curaba,
que curaba los enfermos de la lepra,
de la lepra de los cuerpos y las almas...

Era un triste con tristezas infinitas,
era un triste que soñaba,
y paraba las estrellas en sus órbitas celestes,
y apagaba los luceros al fulgor de su mirada...

Era un pobre por su porte,
era un rico por su alma...

Era grande con grandezas infinitas,
pues en él se reflejaban
el inmenso de los cielos y el inmenso de los mares
en lo inmenso de su calma...

Llegó un día...

Llegó un día al oprimido, y, al hablarle
con la música sutil de su palabra,
le recuerda que él es fuerte,
que su cuerpo con su alma
son tan puros como aquellos que le explotan,
como aquellos que le vejan, como aquellos que le ultrajan...

Él es fuerte, y en su pecho fructifica
la semilla derramada;
y cogiendo las cadenas con sus manos de coloso,
con las mismas que trabaja,
las retuerce, las estira, las estruja,
las machaca,
y, á su esfuerzo, la cadena, hecha pedazos,
llega al rostro de los reyes, cual saliva de las razas...

Él ya es libre, y ya son libres sus hermanos;
y al ser libre la venganza,
se convierte en acicate que le lleva
á buscar sus represalias.
Y, empuñando los martillos del trabajo,
con sus manos, que se crispan de la rabia,
se dirigen á la casa de los amos
á saciar aquella sed que les abrasa...

Ya levantan agresivos
las macizas herramientas del trabajo,
que envilecen al ser armas...
Ya la tierra se estremece
al contacto de sus pasos y al gritar de sus gargantas,
cual bostezo de volcán medio apagado
que de pronto despertara...

La figura del maestro se presenta,
se presenta ante sus ojos agrandada,
y en lo alto se quedaron suspendidas,
al mirarla,
las enseñanzas de la muerte,
como un toldo de pasiones perpetuadas...

Y, en lugar de acometerlos,
recordando del maestro la palabra,
vigorosos, empuñaron
los aperos de labranza...

Y fué aquella la apoteosis
de los sueños de las razas,
porque todos enlazados,
como engrane de una máquina,
á la tierra acometieron con ardor inusitado,
y la tierra les dió flores á los besos de la azada...

※ ※

La canción del pasado

Verás... Yo te he querido
como ninguno te querrá en la tierra;
pero toda mi vida de cariños,
de encantos ó tristezas
fué un poema muy rico en ilusiones,
que hoy son como hojas secas...

Yo cruzaba el destino como un pájaro
que vuela entre las nieblas,
siempre buscando luz entre las brumas,
siempre subiendo sin mostrar flaqueza...

Pero no te olvidaba:
que pensaba en aquella compañera
con la que yo soñé formar mi nido
en la maraña de la flora inmensa...

Y proseguí el volar.. Volando mucho,
crucé mares y tierras;
alejándome siempre de tu lado,
huía en línea recta,
diciendo para mí: «Mis alas fuertes
me llevarán triunfantes á mi vuelta.»

Un día los cansancios en mi vuelo
encontraron su presa,
y abatieron mis alas, que, ya inertes,
se plegaron sin fuerza...

¡Y aquí formé mi nido
entre briznas de hierba...!

Bien sé que tú dirás: «Pájaro loco,
no creo esas historias que me cuentas».
Mas no importa, que así, lejos, muy lejos,
pensando que eres buena,
recordaré tu amor mirando al cielo
hasta que vea sucumbir mi estrella...

Un pájaro de luz, un verso mío,
forjado en mi cerebro de quimeras,
irá á buscarte á tí, y en tus oídos
murmurará como un cantor de penas...

«Verás... Yo te he querido
como ninguno te querrá en la tierra...»
¡Pero nunca podrán plumas de pájaro
llevar un corazón que tanto pesa!



Sus ojos...

Fué al morir de una tarde perfumada,
en la vieja ciudad de mis amores,
donde encontré sus ojos soñadores
cegándome la luz de una mirada.

Caricia en un instante perpetuada,
calmante singular de mis dolores;
por ellos han sonado triunfadores
mis pasos en la lírica jornada.

Que tiene tu mirada peregrina
mística unción de claridad divina,
amalgama de amor y de martirio.

Límpida y sin igual es sólo una,
como un rayo argentado de la luna
engarzado en los pétalos de un lirio.



La tristeza del piano

En el dulce misterio de la noche estrellada
y entre las antiguallas de un viejo caserón,
un clavicordio hace sonar su voz cascada,
que vibra entre las sombras como una evocación.

Acarician sus teclas unos dedos de rosa,
que ignoran las historias que guarda aquel marfil,
sabedor de secretos de la lejana hermosa,
la que arrancó á sus cuerdas su canto más gentil...

Por eso, entre las notas que saltan bullidoras,
se encuentra algún acorde remedo de un dolor;
es porque añora el mueble lo dulce de otras horas,
y pone en sus tensiones un grito de terror...

.....

La linda abuela, aquella lejana figulina,
dejó en un día triste la estancia abandonada,
y el piano supo luego que hubo una guillotina
que la besó en el cuello con su boca mellada...

Flor de cuento

Mirando á la luna,
besaba unas flores
la rubia de un cuento,
de un cuento de amores...

Por su fantasía
cruzaban visiones
de apuestos juglares
con dulces canciones...

Sus labios, ansiosos,
calmantes de anhelo,
en dulce armonía,
pedían al cielo...

Le dije muy quedo
que si me quería,
y una carcajada
mató mi alegría...

Música de labios,
timbre de dulzores,
como parlería
de los ruseñores.

Fué una risa loca
que brotó en la calma,
como los suspiros
nacen en el alma...

En las horas tristes
en que sueño amores,
recuerdo á la rubia
que besaba flores...

¡Pobre enamorada
del astro del sueño;
la que se reía
de mi loco empeño!..

※ ※ ※

El caballero loco

Va cruzando los siglos á horcajadas
sobre el duro amazón de Rocinante
el sin par caballero, el fiel amante,
paladín de princesas encantadas.

Sólo escuchó en su lfrica cruzada,
vencido ó vencedor, eco triunfante,
y es al reñir tan fiero su talante,
que hieren más sus ojos que estocadas.

Jamás ni desengaños, ni dolores
calmaron de su fiebre los ardores,
mientras persigue la verdad de un sueño.

Y, en aquel caminar desatinado,
lleva á un pueblo por él sugestionado
en el loco volar del Clavileño.

級 表 蒙

Glosario

A un ensueño querido voy tejiendo mi glosa.
Fué mi vida de amores el vivir de una rosa;
entre el libro del tiempo coloqué sus despojos,
y él los guarda esperando el brillar de unos ojos.

De unos ojos que digan esperanzas y anhelos,
tan serenos y grandes que parezcan dos cielos,
y que ostenten, radiantes, sus divinos fulgores,
añorando dulzuras de lejanos amores.

.....

Cuando al abrir sus páginas recorras el pasado,
encontrarás que el llanto también las ha mojado;
pero, en la triste huella, las muertas ilusiones
renacerán triunfantes en forma de canciones.

家 家 樂

Galante

Dame un beso, mujer, yo te lo ruego,
para calmar esta ansiedad tan loca;
quiero apagar de mi pasión el fuego
con la frescura que me dé tu boca.

Si al cantarte venciera ese despego,
el pobre bardo que al rimar evoca,
te diría al final del dulce juego
por qué mi labio tu caricia invoca...

Y, ya feliz, triunfante en mis amores,
guardando de tu aliento los dulzores,
cristiano, olvidaría tus agravios;

porque tengo cifrados mis antojos
en la fiesta de luz que hay en tus ojos
y en la orgía de amor que hay en tus labios...

家 深 深

Irredención

*«Quíereme como te quiero,
ten en el amor constancia;
contigo en vida y en muerte
estará siempre mi alma.»*

LUIS BRÚN.

Cuando me llame la muerte
y me duerma en su regazo,
quiero apoyar en tu brazo
mi loca cabeza inerte.

Si sólo supe quererte,
para quererte te emplazo:
nunca será largo el plazo,
que no es tirana mi suerte.

No me detiene el temor
de que este rebelde amor
mueva de Dios los enojos...

Musa buena de mi historia,
que tienen tus labios gloria
y luz del cielo tus ojos...



Mis versos

Son mis versos las canciones de un ensueño,
vibraciones de mi alma,
algo así como el chirrido discordante y rumoroso
de monótona cigarra.

Cuando brotan al conjuro misterioso
de alegrías que retozan entre calmas,
son sus tonos colorines y madroños
que flamean en el viento como moña de guitarra.

Cuando heraldos de otros siglos,
son clarines manejados por la Fama,
y á sus ecos, desde el fondo de las criptas,
se convocan los guerreros entre ruinas solitarias.

Muchas veces han querido mis estrofas
ser remedo del crujir de las corazas,
y otras veces, del silbar de los aceros
al chocar con los arneses en los campos de batalla...

I

Capitanes de los tercios castellanos,
paladines de las glorias olvidadas,
sumergidas en el fondo de sus tumbas
aún con polvo de las épicas jornadas,
sacudieron su letargo de carcoma
al conjuro de mis cantos, que pregonan sus hazañas.

Avalancha fragorosa,
con las puntas aceradas de sus lanzas
extendían los confines españoles
que crecían y crecían al chocar con sus moharras...

II

En las horas de los sueños,
cuando el cielo envía al mundo sus luciérnagas de plata,
va la musa de mis cantos suplicando á las estrellas
el polvillo misterioso de su túnica dorada...

Otras veces...
Mariposa de destellos orlados,
á las flores va besando la corola sonrojada,
y á las fuentes, y á los valles, y á los montes, y á los ríos
va pidiendo la conseja de las bellas encantadas...

III

Son mis versos un vacío;
son sus rimas la canción de mis nostalgias;
son pavesas de mi vida que se asoman á mis labios,
como efluvios misteriosos de mi mente atribulada.

En el fondo de mi pecho tengo el nido,
donde oculto el ruiseñor de la esperanza;
pero temo que, al sacarlo de su encierro,
abandone para siempre las tristezas de su jaula...

Cascabeles de la vida,
alegrías de guitarra,
ruiseñores armoniosos del jardín de los ensueños,
mariposas siempre blancas,
son mis versos en su encierro, y son neblinas
cuando salen de la umbría misteriosa de mis calmas.

※ ※ ※

Jardín novelesco

En la calma solemne de aquel parque ducal
abre sus pedrerías, triunfante, un surtidor,
y suenan armoniosas sus rimas de cristal,
aladas como el verso más lírico de amor.

El viento, en la alameda, ensaya un madrigal;
la noche dice cuentos de sombras á una flor,
y unos amantes tejen en esa hora inmortal
guirnaldas con ensueños que adornan un dolor.

La luna por el cielo camina pensativa,
y su severo ceño de princesita altiva
oculta entre unas nubes, gentil y ruborosa.

Perdidos en la flora, están unos sedientos
que vieron el glorioso final de sus tormentos
en la flor encantada de unos labios de rosa...

※ ※ ※

Mi Catedral

Bajo el dosel severo de tu frágil bosque
tejieron los ensueños un áureo varillaje,
y el iris en el centro formó un canto de luz;

semeja tu silencio el nido de las calmas,
refugio de los tristes, joyero de las almas,
cerrado por el broche divino de la Cruz...

Las épicas leyendas de reyes triunfadores
nos muestran tus cristales de mágicos colores;
el sol finge en el suelo volar de mariposas,

y en tu silencio augusto de sacro relicario,
pareces de la Gloria flamíjero incensario
que extiende por la tierra la esencia de sus rosas...

En tus naves calladas antiguos trovadores
rasgaron los silencios con ritmos bullidores;
y, al elevarse al cielo las notas blandamente,

los pueblos, recogidos en amoroso celo,
soñando con la oferta divina de tu cielo,
brindaban á las losas el beso de su frente.

Cuando, al cruzar tus claustros, resuenan las pisadas,
parece que desfilan fantásticas mesnadas
que al Dios de las alturas ofrendan vasallaje;

y, al añorar del tiempo, desfilan los soldados,
que guardan en sus pechos alientos de cruzados
y llevan en sus lanzas el rool de su linaje...

El arte en sus clarines batió marchas triunfales,
llevando por los tiempos en motes de cristales
el lírico poema de tu pujante gloria;

mientras que en tí reposa en dulce cautiverio,
dormida entre los brazos amantes del misterio,
la Princesa encantada que tejó nuestra historia.

※ ※ ※

Ofrenda póstuma

(Al poeta muerto Isaac Martín Granizo)

La luz no se apagó, que en el sagrario
flamea con destello refulgente,
alumbrando aquel triste santuario,
como un día brilló sobre tu frente...

Hoy tu cuerpo se acerca hasta el osario,
triste refugio de tu musa ardiente,
á ofrendarte en tu asilo solitario
un amor que perdura eternamente...

Sobre el mármol erguidos, triunfadores,
se alzarán inmortales tus amores,
y la belleza dejará su palma;

nosotros los humildes, nuestros llantos,
que es rocío que aumenta los encantos
de aquellas flores que nos dió tu alma.



Mariposas

Mariposas blancas
que cruzáis el cielo;
pétalos de flores
á merced del viento...

Cuántas veces, mirando los giros
que bajáis describiendo hasta el suelo,
he pensado en las almas errantes
de mis pobres muertos...

Al dejar las almas
para siempre el cuerpo,
se convierten en astros
que florecen luego.

Y más tarde, como mariposas
en rápidos giros y tenue aleteo,
se presentan á nuestras miradas
pidiendo un suspiro, buscando un recuerdo...

¡Pobres flores tristes
de los cementerios,
plantas sin aromas,
rosas de los muertos!...

¡Pobres mariposas que cruzan los campos,
pobres almas solas que vienen á vernos!..
Me parecen sus alas nerviosas
bocas que se abren sedientas de besos!..



Invernal

Qué triste está el campo. Los árboles
sus ramas inclinan al viento,
y murmuran no sé qué plegaría
las hojas, que tiemblan de miedo...

En el pueblo las luces oscilan
al contacto inclemente del cierzo,
y en el cielo una gasa de nubes
las estrellas oculta en su seno.

Sólo turba el silbido del aire
un llorar de campana á lo lejos,
que en la sierra vecina repiten
con tesón incansable los ecos...

Es la noche del año que muere,
son las horas de su testamento,
que va escrito con signos de hojas
y lo graban las aguas del cielo.

Luego un rayo de luna azulado,
las nieblas y sombras rompiendo,
á la tierra asustada la besa
y disipa negruras y duelos.

A su luz se ilumina el sudario,
que en la muerte cubrió al año viejo:
son despojos de flores marchitas,
como mariposas envueltas en cieno...



Sin ruido...

Reyes de la Aurea Leyenda,
pasad despacio, despacio,
que no turbe mi dolor
vuestro cortejo dorado.

¡Qué feliz en otros tiempos
aguardaba vuestro paso,
colocando en el balcón
unos zapatitos blancos!...

Y, en cuanto salía el sol,
con mi chiquillo en los brazos,
íbamos por los juguetes
que le dejaban los Magos.

Luego sus risas de gloria
eran canciones de pájaros,
que sonaban en mi alma
como música de encanto...

Sobre flores le vi muerto...
Entre flores le llevaron...
¡Pobre rosal de mi vida,
sin su botón más lozano...!

Reyes, respetad mi duelo,
refrenad los dromedarios,
¡que tengo su cuna fría
y vacíos sus zapatos!...



Oración de calmas

Qué bien huelen los romeros
y los zarzales en flor,
cuando descienden las calmas
á despedirse del sol.

Cómo vuelan los recuerdos
en torno del corazón,
mariposas del misterio,
bellas hermanas de amor...

Amapolas en los trigos,
madreselva en los zarzales,
galas de aroma y de ensueño
que engalanan á la tarde.

En la soledad del campo,
cómo se ahuyenta el dolor
al conjuro de las sombras
con blanduras de oración.

Desde la cumbre del monte,
los ecos al aire vuelan,
se posan en las montañas,
se duermen en las veredas.

Se desliza entre los robles
una brisa de conseja,
que dice un cuento de miedos
á las casas de la aldea.

Más lejos, los pinos negros,
con sus copas asemejan
pabellones y acobijos
para las almas en pena...

Corazón, esta es la hora;
evoca el pasado y sueña
en el misterio del campo,
y en la paz de la hora buena.

Florecerán los recuerdos,
cantará la risa aquella,
y aquel encanto de amores
aromará tu tristeza.

Y, mientras tanto, la noche,
proseguirá su carrera,
adornando su ropaje,
con floraciones de estrellas...



Golondrinas

Ya llegaron las primeras golondrinas
los heraldos del buen tiempo,
las que anuncian el reinado de las flores
las que rasgan con sus giros las neblinas del invierno.
Van cruzando por la tierra silenciosas,
van rozando por el suelo como besos,
que sin ruido de los labios oprimieran
á otros labios codiciosos y entreabiertos...
¡Golondrinas, golondrinas!...
sois suspiros de mi pecho
sois anhelos misteriosos de mi alma
que rebotan en la cárcel de mis sueños,
y lo mismo que vosotras
se van lejos, se van lejos....
y se pierden en las calmas de los mares,
y respiran el ambiente de otros pueblos...
¡Otros pueblos sin la bruma de mis montes
otros pueblos sin la nieve de mis cerros,
otros pueblos con alfombras de claveles,
otros pueblos sin tristeza de silencios!
¡Quien pudiera con vosotras
volar libre hasta los cielos,
y llegar á las alturas blandamente
á contarle mis tristezas á un lucero!...



EPÍLOGO

Los versos del poeta

Son tus versos musicales
el perfume misterioso de tu alma,
algo así como el encanto de una noche
que la esencia de las rosas embalsama.
Ellos dicen los ensueños que te cuenta
una linda mariposa de alas blancas,
 que ha querido ser el guía
 de tus cantos de cigarra,
pues, mirando para el sol de tus deseos,
 vas tejiendo una guirnalda
 de ilusiones y quimeras
con las flores mas sentidas y galanas.
Sólo el cielo, todo azul y todo luces,
sólo el dulce sortilegio de esas almas
 que son rosas de la vida,
inspiraron la canción enamorada
 de ese pájaro azulado
que sonrío por tu rima limpia y clara.
Son tus versos pasionales, suaves, tristes,
 como flores disecadas,
prisioneras en las hojas de algún libro;
como cartas muy queridas y olvidadas.
Otras veces, al lucir tu alma guerrera
y al hablarnos de infanzonas, de corceles y de lanzas,
eres grave, y eres amplio, y eres fuerte
como es fuerte, como es amplia, como es grave,

la bandera gualda y roja de mi España;
y tus notas más galantes,
las que llevan el envío
en los labios perfumados de una dama,
son la música divina que escuchaste
una noche silenciosa en que á la luna
las estrellas la cantaban,
y se oía suavemente entre las flores
el murmullo de unas notas alocadas,
que enviaban las estrellas reidoras
semejando entre las rosas
el decir de una sonata.

Son tus cantos blandos besos de cariño,
como aurora de un gran himno de esperanza,
algo inquieto que es reflejo de algo hermoso
y que tiene de la vida le fragancia...

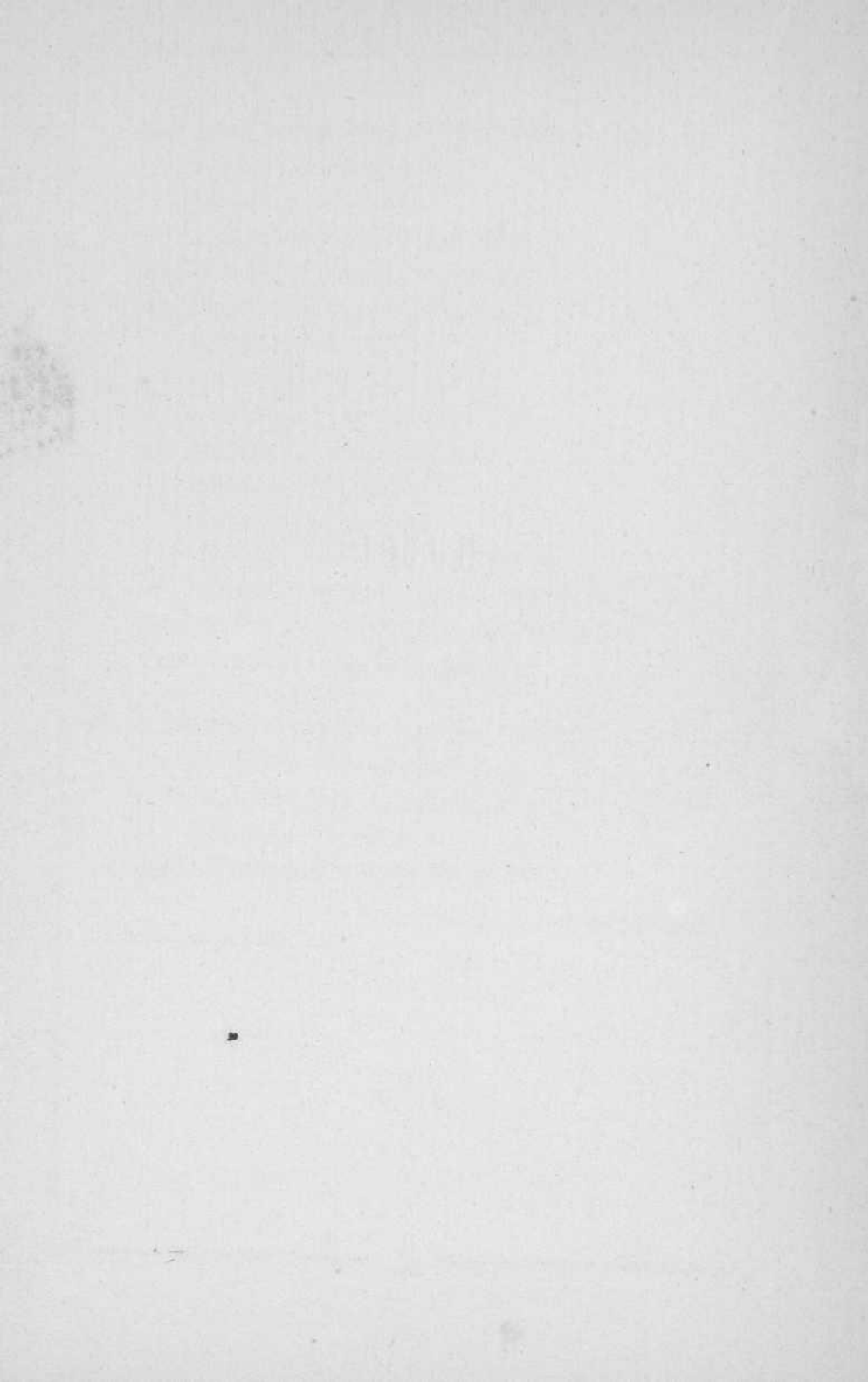
.....
Buen poeta: yo, que tengo por tus versos
los cariños más sentidos de mi alma,
te lo ruego: canta mucho, canta siempre,
y no mires á la tierra
desde el árbol florecido en donde cantas.

León, mayo 1915.

Mariano Andrés Lescún.



ÍNDICE

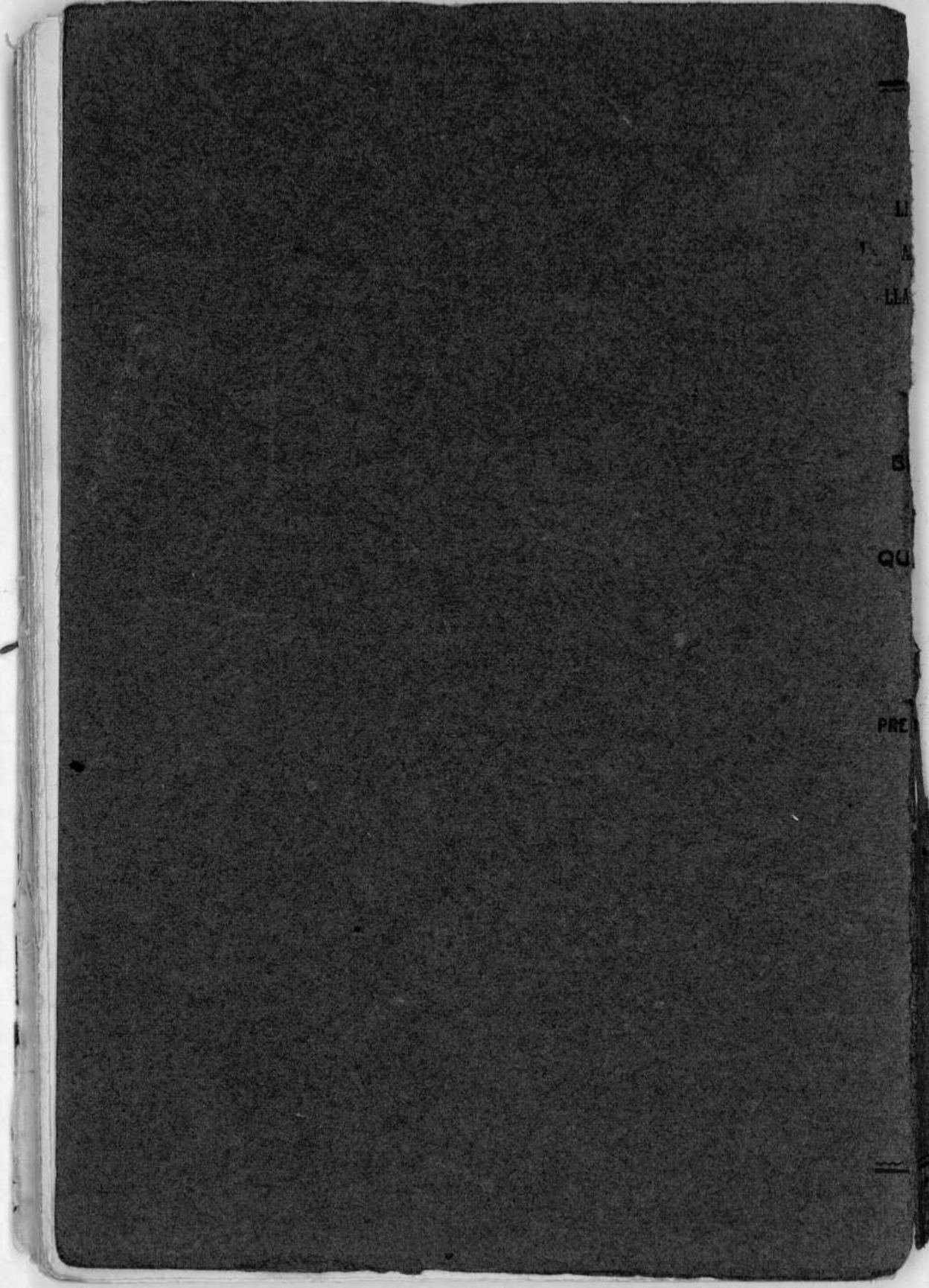


ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo	5
Envío	11
Canción de gloria	13
Mi lema	17
La muerte del día	19
En la forja de mi alma	21
Canción de fe	23
Emigrantes	25
Después	27
¡No te creo!	29
Iba solo	31
La canción del pasado	35
Sus ojos	37
La tristeza del piano	39
Flor de cuento	41
El caballero loco	43
Glosario	45
Galante	47
Irredención	49
Mis versos	51
Jardín novelesco	55
Mi Catedral	57
Ofrenda póstuma	59
Mariposas	61
Invernal	63
Sin ruido	65
Oración de calmas	67
Golondrinas	69
Epílogo	75

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EN LA IMPRENTA DE
«LA DEMOCRACIA», DE
LEÓN, EL DÍA CUATRO
DE JUNIO DE MIL
NOVECIENTOS
TRECE





11

ANDRO

ORSO

MAIR

12

SOS

DE

MER

13

10: 2

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25